

LA MANTA Y LA RAYA

NÚM. 18



cecy_zacamandu85.

Universos sonoros en diálogo



TALLER DE LAUDERÍA EN EL AMATE

Gilberto Gutiérrez Silva

Si bien el Grupo Mono Blanco nació en septiembre de 1977 –en la colonia Mixcoac de la Ciudad de México– fue en enero de 1980, cuando conformados como don Arcadio Hidalgo y el Grupo Mono Blanco, iniciamos lo que sería la vida profesional del grupo. Trabajábamos con Promoción Cultural de la Secretaría de Educación Pública (SEP), tocando en Escuelas Normales por todo el país, y eso nos dio dinero suficiente para elevar el nivel de vida de don Arcadio, el de don Andrés Vega y el de nosotros mismos. A Juan Pascoe y a mí, miembros fundadores de Mono Blanco, nos permitió recorrer bastante –y nunca suficientemente– el territorio jarocho a bordo de un “vocho” todo terreno. En esas andanzas, nunca encontramos instrumentos jarochos nuevos y sí pocos instrumentos viejos, generalmente sin usarse. En Los Tuxtlas se hacían instrumentos de diferentes calidades; particularmente en San Andrés Tuxtla se encontraban “jaranas de aro” construidas en una pieza de madera, pero no vaciadas: sacaban el contorno del instrumento con una sierra de cinta y se ponían el fondo y la tapa.

En Cosamaloapan había un laudero que hacía instrumentos para el mercado que representaban los músicos del Puerto de Veracruz y la ciudad de México, principalmente. Instrumentos con esa estética se podían encontrar, incluso,

en Casa Veerkamp, en la ciudad de México. Era el tipo de instrumentos para los que había –y sigue habiendo– demanda. Lo mismo se hacían en Coatzacoalcos o Veracruz, que en Paracho, Michoacán. Con suerte, se podían encontrar instrumentos rústicos en los mercados de Santiago y San Andrés Tuxtla, siempre usados.

La organización de fandangos que empezamos a hacer en 1983 motivó a una camada de jóvenes a aprender a tocar; con la circunstancia que los pocos niños que ya tocaban –Tereso y Octavio Vega–, no tenían instrumentos. Habíamos iniciado un taller comunitario piloto que se hacía en el solar de doña Juana Utrera Salas, una fandanguera de antaño que añoraba los tiempos idos de los grandes fandangos y no tuvo empacho en aceptar que hiciéramos talleres en su casa y se hizo cómplice del proyecto. Una docena de jóvenes de los caseríos del lugar asistían con entusiasmo a los talleres sabatinos, que no eran otra cosa que pequeños fandangos que permitían el aprendizaje práctico de tocar, cantar o bailar su tradición.

Aquel era un taller itinerante: adquiríamos experiencia en casa de doña Juana y comenzamos a llevar talleres a otros lugares del territorio jarocho y la ciudad de México. Pronto topamos con la realidad: no había instrumentos suficientes para hacer talleres y los pocos instrumentos que había eran difíciles de afinar y muy duros de ejecutar.

En la semana santa de 1981, al pasar por ciudad Lerdo (Lerdo de Tejada), destino de paso de la corrida del ADO México-San Andrés Tuxtla, le pregunté a don Quirino Montalvo Corro si me aceptaría como aprendiz haciendo jaranas. Don Quirino estaba en sus ochentas, me aceptó. Yo lo había grabado con anterioridad. Llegué a él buscando músicos; era dueño de un estilo muy particular de jaranear, que por supuesto aprendí. Carpintero muy completo, don Quirino lo mismo hacía casas de madera, que cajas de



Juan Pascoe, Quirino Montalvo y Gilberto Gutiérrez, Lerdo de Tejada. Edda Bruner, 1982.

muerto y cuanto mueble le pidieran. Encargarle una jarana (¡lo hicimos!) era cosa de esperar meses, pudiendo pasar del año para recibir el encargo. Entonces, acordamos que durante el verano próximo sería su aprendiz.

Así pasé –en el verano de 1981– casi dos meses trabajando con mi maestro de hacer jaranas –aún no se incorporaba el término “laudero” al mundo jarocho. Además de trabajar en la jarana, lo ayudaba en trabajos de carpintería que le encargaban: arreglamos cajones, puertas, mecedoras, taburetes, etc. Con lo que ganaba en la giras con Mono Blanco pude financiar mi estancia de casi dos meses en Lerdo de Tejada, viviendo en casa de la tía Carmen, hermana de mi madre.

Don Quirino no era el típico jarocho dicharachero, más bien era de carácter adusto, pero siempre hablando con buenas palabras y buenos modos, educado pues. Pasar los días a su lado era repasar tiempos idos. Largas pláticas que oía yo sin interrumpirlo. En algún punto pregunté:

“¿dónde compró estos formones?”. Iba siguiendo su charla y podía verlo entrando a la Casa Boker de la ciudad de México, mientras tejía recuerdos; narrando sobre el pasado de una ciudad y una tienda con las que yo tenía que ver ahora, aquella misma ciudad que conoció don Quirino y la que conocía yo ahora, con muchos años de distancia: la Casa Boker (ubicada en la calle 16 de Septiembre del centro histórico) donde compró unas herramientas y de aquel lote, cincuenta años después, me regaló un cerrote y un formón.

Ahora era yo quien visitaba frecuentemente la Casa Boker. Incluso tuve la suerte de coincidir con un descendiente de los Boker y platicar de los grandes días de aquel establecimiento, venido a menos cuando sufrió un incendio, en 1975. Actualmente, esta casa comercial ocupa la mitad de su espacio original. No obstante la reducción sigue siendo una tienda muy interesante y única; la otra mitad, después del incendio, se alquiló a Sanborns.

Con la jarana trazada en el tablón fuimos a una carpintería y nos sacaron la forma de la jarana en una sierra de cinta y con eso ahorramos horas de trabajo. Mas tarde iniciamos el escarado manualmente, haciendo perforaciones con un berbiquí. Vaciar el futuro instrumento era una labor de unas 8 horas de trabajo continuo, con herramienta adecuada, de buena calidad y bien afilada. Dicho sea de paso, don Quirino tenía todas las herramientas necesarias para su oficio y todas de la mejor calidad. Con las horas, la jarana iba tomando forma. Cuando hacía trazos sobre ella decía: “tengo la medida en los ojos” –y mis ojos grababan, la grababan.

Un toro de jobo era el ritual obligado de las tardes. Don Quirino tenía todo un *kit* para la preparación del brebaje aquel. Vale decir que el toro tradicional se prepara en un vaso cada vez, “se afina”, ya que el sonido de la cuchara mezclando los ingredientes indica cuando está en su punto. La bebida no lleva leche, salvo el toro de leche. El que lo hace recibirá la aprobación o el rechazo de los degustadores. Se toma en rondas, pasando el vaso al compañero. Con aquella degustación se daba por terminado el día de trabajo. Ocasionalmente tocábamos unos sonos.

Fueron casi dos meses de estancia en Lerdo, en el tiempo de lluvias, zancudos y bochorno; fueron también unos días muy provechosos y me daba tiempo de hacer visitas esporádicas: Tlacotalpan, Boca de San Miguel, Tres Zapotes, Santiago Tuxtla. Me acompañaba mi sobrino Gerardo, a sus cuatro años, que a la pasada recogí en Puebla y disfrutaba mucho el viaje.

Cuando volví a Lerdo al año siguiente llegué con una jarana tercera que hice. Fundé mi primer taller en el ex Trapiche de Santa Rosa de Lima, en Michoacán. Lo inicié con unas cuantas herramientas y apoyo de carpinteros del rumbo con los que hice amistad. La observó con interés, checó particulares detalles y al final me dijo: “quedó bien”.

Don Quirino fue otro de los amigos octogenarios que tuve en mis veintes. Todos ellos fueron mis maestros y me dieron parte de la formación que poseo. En la medida de lo posible transmito sus conocimientos a quien los necesite, como en el caso de lo que hoy llamamos «laudería jarocho».

En el 1983 hicimos el primer taller de laudería en Santa Rosa Loma Larga, comunidad popoluca en el municipio de Hueyapan de Ocampo. Me acompañó Octavio Vega, quien ya había incursionado en Mono Blanco y mostraba su interés en el oficio de hacer instrumentos. Llegó con su arpa y los lugareños mostraban mucho interés por escucharla.

Una sierra de arco, un par de cepillos, martillo, formones, gubias, piedra de afilar, brocas, un berbiquí, pegamento y mucho entusiasmo. Estábamos en una comunidad sin luz eléctrica. Por suerte, yo aprendí a hacer todo manual. Por razones de tiempo, hicimos una jarana en forma colectiva, que fue la muestra con la que siguieron haciendo instrumentos en Santa Rosa Loma Larga y El Aguacate, otra comunidad popoluca del citado municipio. Hubo persona jóvenes y mayores; los mayores tuvieron el problema de no poder ver los trazos. En esas comunidades nuevas generaciones siguen haciendo instrumentos, dando forma a la idea original de aquel proyecto: que existieran lauderos que hicieran instrumentos para su región.

Por la noches tocábamos con ellos durante su ensayo, en una vieja casona de paredes de tablas y techo de lámina, que fue almacén de maíz en tiempos mejores. A la luz de mechones de petróleo era todo un viaje aquella música de muchos instrumentos graves, leonas, y jarana agudas de caja grande y brazo corto. En medio de aquello, mi jarana y el arpa de Octavio.

En 1984 hicimos el segundo taller de laudería en Paso del Amate (Mpio. de Santiago Tuxtla). Igual que el anterior, este taller se realizó



Ramón Gutiérrez, Manuel Cobos Roque (+), Camerino Utrera Luna, Gilberto Gutiérrez Silva, Anastasio Utrera Luna y Gelasio Coli Vidaña (+). Dr. José Pérez Solís, 1984.

con el apoyo de la Unidad Regional de Culturas Populares de Acayucan. En la comunidad colaboró, con mucho entusiasmo, el señor Asunción Cobos (+), quien además tomaría el taller. En este lugar contábamos con el recurso de la electricidad. Tuvimos un taladro de banco para el vaciado de las jarana y una pequeña sierra de cinta, que servía para hacer algunos cortes.

Este segundo taller tuvo la suerte de que pasara nuestro amigo, el Dr. José Pérez, oriundo de Puebla, vecindado en Santiago Tuxtla y tomó la presente foto, que muestra el momento del proceso en que se encontraban los instrumentos de los talleristas. En la imagen -donde solo faltan Asunción Cobos(+) y Octavio Vega-están, de izquierda a derecha: Ramón Gutiérrez Hernández, Manuel Cobos Roque (+), Camerino Utrera Luna, Gilberto Gutiérrez Silva, Anastasio Utrera Luna y Gelasio Coli Vidaña (+). Manuel y Gelasio tuvieron corta vida.

Como dato curioso, la jarana que hizo Gelasio terminó en requintito de Idelfonso Medel, “Cartuchito” (+). Asunción Cobos se convirtió en un laudero de producción masiva, de instrumentos medianamente rústicos, pero tocables y accesibles; encontró un mercado para colocarlos. Como tenía potreros, el dinero de la venta lo invertía en ganado potenciando así las ganancias. Camerino y Anastasio Utrera, continúan ejerciendo el oficio de la laudería, Camerino en El Hato y Tacho en Consolapa, Coatepec; ambos producen instrumentos que se venden por todo el país y el extranjero. Ramón Gutiérrez produce instrumentos en Xalapa; tiene su mercado e incursiona en la experimentación acústica y estética de los instrumentos. Octavio Vega produce jaranas y guitarras de son. Igualmente produce punteadores, como su modelo personal de trinos dobles y bordones sencillos (le llamamos el modelo “OV”). Tiene su taller en Boca de San Miguel, municipio de Tlacotalpan, Veracruz.

No lo sabía en ese momento, pero al tiempo resultó que los acerqué a un oficio que no existía y que en buena medida es hoy día, su *modus vivendi*. El oficio de la ahora llamada «laudería jarocho» se ha multiplicado de una manera impresionante. Se hacen instrumentos jarochos en México y en otros países. He llegado a alucinar

que en cualquier momento llegarán las jaranas chinas de 500 pesos.

Aquel taller ha seguido su cometido de enseñar el oficio de hacer instrumentos jarochos...

(continuará).



Santa Rosa Loma Larga, Mpio. Hueyapan de Ocampo, Ver. 1983, Archivo GMB.

